

CONCLUSIÓN

PRIMERA PARTE

Como se consideró en este capítulo, la creatividad depende de los genes y de la disposición personal para fomentarla. Estructuralmente, el cerebro está compuesto de células cerebrales diminutas llamadas neuronas. Cuando estas células se conectan entre sí a través de los espacios sinápticos forman circuitos neuronales. El aprendizaje incipiente consiste en la combinación de estos circuitos para formar otros nuevos sobre los ya creados. Los circuitos neuronales se disponen formando básicamente dos sistemas nerviosos: el sistema autónomo y el sistema nervioso. El sistema autónomo actúa con entera independencia de la voluntad, todo lo contrario al sistema nervioso, que controla los movimientos voluntarios. El sistema nervioso dispone de tres estratos desarrollados a lo largo de su evolución, como las capas de una cebolla. El primer estrato regula las funciones involuntarias del sistema autónomo, con el que guarda relación, y alberga las más bajas pasiones; el segundo manifiesta nuestras emociones, ya sean negativas o positivas; y el tercero controla las funciones cerebrales más nobles, como las relacionadas con el razonamiento. Cada uno de estos compartimentos del cerebro no puede trabajar aisladamente, sino de forma integrada, al igual que el resto de nuestro cuerpo. La inteligencia emocional y el proceso de toma de decisiones suponen la colaboración del segundo y del tercer estrato.

El último estrato es un despliegue de los más antiguos. Está claramente compartido por dos hemisferios, que se encuentran unidos por el cuerpo calloso. Las investigaciones neurocientíficas del pasado siglo XX han demostrado que existe una asimetría funcional entre los dos lados del cerebro. A grandes rasgos, el hemisferio izquierdo ordena y categoriza las ideas que se generan en el derecho. Sus conclusiones se basan en el razonamiento secuencial: una cosa sigue a otra en un orden lógico, llegando a menudo a una conclusión convergente. Por ejemplo, un teorema matemático o un argumento razonado. Y el hemisferio derecho está implicado en la percepción visual, la orientación espacial y el reconocimiento de expresiones faciales. Con todo, interviene en las normas o en las convenciones establecidas del izquierdo al ver las cosas de conjunto o al pensar con analogías, llegando a menudo a conclusiones divergentes o laterales. Algunas investigaciones recientes apuntan que la diferencia hemisférica se debe simplemente a que los recorridos neuronales del hemisferio izquierdo son

relativamente cortos, mientras que los recorridos neuronales del hemisferio derecho son más largos, permitiendo realizar conexiones con áreas más amplias del tejido cerebral. Se ha sugerido incluso que el cerebro de los hombres está más lateralizado que el de las mujeres, debido a que parecen tener un cuerpo calloso menos voluminoso.

La forma más directa de investigar las diferencias entre los hemisferios es midiendo la actividad eléctrica del propio cerebro. Las ondas que participan de forma importante en la generación de ideas del hemisferio derecho son las alfa, que se relacionan con el pensamiento holístico; a diferencia de las ondas beta del hemisferio izquierdo, que corresponden con la actividad del tipo pensamiento analítico. La investigación actual muestra que en una psique creativa existe una amplitud continua entre las ondas cerebrales de ambos hemisferios, actuando de manera semejante a una orquesta sinfónica que sincroniza varias áreas entre sí. Por eso, algunos autores han planteado que el equilibrio interhemisférico es crucial para la creatividad y una vida sana.

Las fuentes de nuestras experiencias son los sentidos con sus receptores sensoriales (vista, oído, olfato, gusto y tacto). Toda la información del entorno se origina a través de los sentidos, pero nuestras percepciones dependen también de experiencias anteriores. El acto de la percepción es una suma de experiencias que están influidas por la lateralización hemisférica. Por lo general, el hemisferio derecho emplea un estilo de pensamiento de orientación divergente o visión eidética, y el hemisferio izquierdo un estilo de pensamiento convergente o visión práctica. La visión práctica se caracteriza por ser preponderantemente racional, lógica y conforme a hábitos prefijados de categorización. La visión eidética es predominantemente intuitiva y emocional, rompe con los caminos rutinarios de la categorización racional y establece nuevas ideas entre entidades previamente no relacionadas. En toda cultura, la visión práctica y la visión eidética produce dos tipos de lenguajes: el lenguaje racional, empírico, práctico y técnico; y el lenguaje emocional, simbólico, mítico y poético. El primero tiende a definir la realidad mediante palabras y trata de objetivarla. El segundo utiliza la analogía con objeto de transcribir la verdad subjetiva. Para conseguir resultados productivos en el terreno creativo es necesaria la ayuda mutua.

Dado que los procesos mentales que intervienen en la creatividad están relacionados con los componentes perceptivos, afectivos e intelectivos de forma bastante indistinta y compacta, se nos hace imposible delimitar sus pertenencias, a no ser para el análisis. La sensación no está en ningún caso separada de los afectos ni estos de la intelección, pues se implican mutuamente, se unifican en un solo elemento por leyes de relación, aunque es posible que se atrofien sus conexiones. Colaborando conjuntamente constituyen el llamado pensamiento unificado, una percepción de las cosas considerada como la unión de las sensaciones, de lo emocional, lo intuitivo, lo racional y lo espiritual. En la realidad psicológica, el pensamiento unificado implica dos fases: la fase perceptivosensorial, que permite el almacenamiento de elementos de base, y la fase reflexivo-intelectual, que genera esos elementos y los combina entre sí. La primera fase permite la adquisición de ideas inmediatas. Sin estas ideas no conocemos nada. No obstante, la primera fase no es posible sin el esfuerzo de precisar, denotar y explicar la realidad conocida desde la segunda fase. Las dos son fases constitutivas del conocimiento incipiente, y se refieren tanto a la intuición sensible como intelectual.

En el fenómeno de la creación se dan dos procesos: el proceso primario y el proceso secundario, que se intercalan a través del diálogo hemisférico. El proceso primario supone una comprensión espontánea o intuición del asunto, y permite que se muestren las ideas dentro de una multitud de posibilidades. El proceso secundario necesita de un acto que pueda valorar, corregir, organizar, objetivar, elaborar, demostrar, definir, formalizar o concretar en la realidad la experiencia producida internamente. Sus reglas son igualmente importantes en las distintas etapas del proceso creativo, en particular cuando se escogen y amoldan las nuevas ideas a la teoría existente. La práctica creadora puede verse coartada en el individuo, en el grupo o en la cultura si en circunstancias extremas se exceden sus procesos.

El trecho que dista entre el proceso primario y el proceso secundario constituye la actuación, que mantiene una interacción dinámica entre los aspectos afectivos, intelectivos y volitivos del sujeto. La afectividad, la inteligencia y la voluntad forman un tríptico que nos dirige hacia la actuación. Una forma de

describir la actuación es clasificándola en dos apartados básicos: la actuación expresiva y la actuación técnica. La actuación orientada a la expresión se refiere a la acción que permite un acercamiento inmediato hacia la obra mediante los primeros tanteos, lo que posibilita exterioriza nuestras experiencias subjetivas. Y la actuación en la que interviene la técnica se caracteriza por seguir unos métodos y reglas, y por la habilidad para usarlos, buscando la adaptación al entorno o su modificación, de ahí que se dirija a la supervivencia. El ser humano depende principalmente de la técnica artificial más que de la técnica natural para poder adaptarse al medio y sobrevivir. La técnica artificial radica en la ordenación intencional del entorno a través de la actuación técnica. En el proceso creativo ambas actuaciones trabajan en estrecha colaboración, por lo que son igualmente necesarias y útiles.

En conjunto, los procesos creativos y sus actuaciones operan como un continuo, dando como resultado la personalidad, que viene influida por el predominio de uno u otro hemisferio. La dominancia hemisférica implica una forma diferente de pensar y de afrontar la vida. Según la lateralización, la personalidad de un individuo puede ser básicamente introvertida o extrovertida. La introversión consiste en una inmersión en el mundo interior y la extroversión se proyecta hacia el mundo exterior. El pensamiento divergente aparece subyugado por el convergente en el tipo extrovertido, mientras que domina sobre el convergente en el introvertido. Cada uno posee en distinto grado un tipo de personalidad. En una persona creativa, un tipo está en diálogo con el otro.

Gracias a la actuación, la mujer (y el hombre) puede guiarse hacia el encuentro de su propia creación, tanto como condición para el desarrollo de la creación interna como externa. Desde el punto de vista de la psicología humanista y transpersonal, la creación interna o autocreación engloba la coactivación entre el pensamiento intuitivo y racional, lo que incluye experiencias de trascendencia, plenitud o iluminación. Tales experiencias se suelen acompañar de un crecimiento personal. La creación externa, como la propia naturaleza, comprende teorías y artefactos que nacen, crecen y se transforman en sucesivas generaciones merced al funcionamiento coordinado de los factores de actuación, un potencial que genera el desarrollo de la cultura

como respuesta adaptativa. “Cultura” y “naturaleza” sirven como conceptos contrapuestos para referirse respectivamente a la adaptación de una colectividad y a su constitución biológica. El ser humano es tanto un producto de la cultura cuanto un producto de la naturaleza.

El conocimiento depende del tipo de pensamiento predominante del creador, lo que le permite disponer de una amplia variedad de posibilidades. De este modo, el tipo de pensamiento genera distintas modalidades de conocimiento, encuadradas básicamente en dos categorías: el conocimiento intuitivo y el conocimiento racional, que están en relación con las dos formas de pensamiento y actuación. Si estos tipos de conocimiento logran mantenerse durante algún tiempo, entonces llegan a hacerse válidos para una determinada cultura, que se extiende al conocimiento de cada persona de generación en generación.

Por lo general, el conocimiento de una cultura tiende hacia dos subtipos de cultura: la cultura cognoscitiva, que tiene un valor semántico, y la cultura instrumental, con un valor utilitario. La cultura cognoscitiva toma como punto de arranque el conocimiento teórico, y la cultura instrumental la experiencia práctica o técnica. De hecho, el razonamiento deductivo apunta a la teoría, y el razonamiento inductivo es el principio de la práctica. Todo el conocimiento humano queda comprendido dentro de estos dos modos culturales, de los que participan tanto la cultura individual como la cultura social, que corresponden a nuestro concepto subjetivo y objetivo como un conjunto. Ambos modos pueden coexistir en una cultura más global, como son la cultura de oriente y occidente.

El conocimiento intuitivo y racional de los diversos sistemas culturales solo pueden ser aprehendidos en su integridad si se comprenden como una interrelación entre lo global y lo local. Los sistemas culturales locales pueden ocasionar problemas en la fluidez del proceso creativo si no se aceptan las dimensiones globales. Cuando las dimensiones globales y locales se mantienen en colaboración continua amplían todas las posibilidades creadoras de un individuo y una sociedad.

Ahora que los neurocientíficos han aportado una base teórica podemos construir un sistema escolar que enseñe a todo el cerebro. Pero, a pesar de que los

educadores son cada vez más conscientes de la importancia del conocimiento intuitivo, nuestros centros educativos se centran todavía en el conocimiento racional, por la relevancia del lenguaje, las ciencias y las matemáticas, y relegan al nivel más bajo las asignaturas relacionadas con la creatividad (arte, música, teatro...). Ya que el sistema escolar se basa en los aciertos y desaciertos de los problemas, se apoya en las relaciones duales de las ideas, que separan y parcelan el conocimiento. Al trabajar a medias la naturaleza del conocimiento no atienden a los procesos del hemisferio derecho, basados en las relaciones más globales. Dado que este desempeña un papel muy importante en la comprensión global de las ideas, su infravaloración compromete el potencial de los estudiantes. La verdadera persona creativa, que busca conexiones antes que divisiones, mantiene un diálogo dinámico entre los dos hemisferios. De ahí que en los centros docentes se deba reconocer la necesidad del mismo proceso para alcanzar el éxito personal, interpersonal y profesional.